

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

CRÍTICA

Christoph Kalter, *Die Entdeckung der Dritten Welt*, Frankfurt del Main, Campus Verlag, 2011.

IAN BIRCHALL

EL TERCER MUNDO Y DESPUÉS

El Tercer Mundo ascendió como un cohete de feria... y cayó como el proverbial palo que lo sostiene. El término, inventado por Alfred Sauvy en 1952 en un artículo en *L'Observateur* titulado «Tres Mundos, un planeta», ocupó el centro del discurso de la izquierda europea (incluida esta revista) durante la década de 1960. Mientras que el largo *boom* de posguerra parecía haber apartado de la lucha a la clase obrera metropolitana, las revoluciones de China y Cuba y las luchas de liberación nacional desde Argelia hasta Vietnam inspiraron a una nueva generación. Ho Chí Minh y Che Guevara se convirtieron en héroes y los textos de Frantz Fanon y Régis Debray eran atentamente estudiados. Pero a finales de la década de 1970 las noticias de la Camboya de Pol Pot habían aplastado las ilusiones de la generación de la década anterior; los avances de la globalización parecían hacer obsoleto el propio concepto de un «Tercer Mundo». Hoy día el término se considera anticuado y peyorativo.

El tercermundismo no alcanzó en ningún sitio una influencia tan espectacular como en Francia, que desde 1946 hasta 1962 se mantuvo en un estado prácticamente permanente de guerra colonial, primero en Indochina y luego en Argelia. Después todavía tuvieron que pasar tres décadas antes de que se pudiera afrontar la auténtica y terrorífica verdad; hasta 1999 no se reconoció oficialmente que había habido una «guerra» en Argelia. Que Francia sigue todavía angustiada por su pasado colonial es algo que muestran películas como *Nuit noire* (2005), de Alain Tasma, y *Hors-la-loi* (2010),

de Rachid Bouchareb, y novelas como *Où j'ai laissé mon âme*, de Jérôme Ferrari. Quizá la descripción más vívida aparece en la novela *L'art français de la guerre*, de Alexis Jenni —quien recibió por ella el premio Goncourt en 2011—, que describe la odisea de un soldado de la Resistencia, pasando por Indochina y Argelia, hasta la violenta *banlieue* de Lyon. Existe una abundantísima literatura sobre el tema, pero uno de los estudios más detallados y desapasionados del impacto del tercermundismo sobre los intelectuales de izquierda franceses se ha escrito en Alemania, un país que nunca sufrió el trauma de la descolonización. El meticuloso estudio de Christoph Kalter *Die Entdeckung der Dritten Welt* [El descubrimiento del Tercer Mundo] (con una bibliografía de más de novecientos libros y artículos) ofrece un detallado informe de cómo se desarrollaron esas ideas en la izquierda francesa, reconstruyéndola en profundidad.

Kalter recorre las teorías y debates que inspiraron y cuestionaron a la izquierda en Francia entre las décadas de 1950 y de 1970, en sucesivos capítulos sobre el surgimiento y trayectoria de la categoría de «Tercer Mundo»; las respectivas orientaciones de las fuerzas principales de la izquierda francesa durante los últimos años del colonialismo y el ascenso de una «nueva izquierda radical»; el papel de «la política de la memoria» con su retórica de «fascismo» y «resistencia»; el papel especial de la editorial Maspero y en particular de su revista *Partisans* y la fundación del Partido Socialista Unificado (PSU) y de su centro asociado para el estudio del Tercer Mundo, CEDETIM. El último capítulo expone los principales problemas que afrontaba o que planteó la izquierda durante ese periodo, sobre todo, el del alcance y carácter de la revolución a finales del siglo xx. Kalter ha escrito una «historia de las ideas», pero resueltamente materialista. Las ideas sobre el Tercer Mundo se configuraron en las cabezas de hombres y mujeres que trataban de unir teoría y práctica, a veces con considerable riesgo personal, como quienes «transportaban maletas» para el Frente de Liberación Nacional argelino (FLN). Aunque autores como Sartre o Fanon son bien conocidos, sus escritos y acciones solo cobran pleno significado junto a los de otros cientos de pensadores y activistas menos conocidos (y hoy a menudo olvidados), que Kalter recupera ahora para el registro histórico.

Era una época de acción colectiva. La gente participaba en concentraciones, manifestaciones, conferencias y centros de investigación y se unía a los *groupuscules* de extrema izquierda o a los grandes partidos políticos. Para que las ideas circularan tenían que ser publicadas; Kalter concede considerable atención a los mecanismos de publicación, examinando en detalle sus limitaciones políticas y financieras y, en particular las dificultades que afrontaban las editoriales y librerías durante la guerra de Argelia, cuando tenían que hacer frente a la censura del Estado y a ataques físicos de los grupos de extrema derecha. Al mismo tiempo, vincula la historia de la izquierda

francesa a la historia más amplia de la descolonización y la globalización política y cultural. De ese modo nos ofrece una historia auténticamente materialista, en la que las ideas no quedan perdidas o sumergidas en detalles anecdóticos, sino que se les da su auténtica importancia situándolas en su contexto histórico y material. Su libro aguanta bien la comparación con las mejores obras del género, por ejemplo, *The New York Intellectuals*, de Alan Wald, y cabe darle la bienvenida frente al enfoque de historiadores como Tony Judt, quienes parecen mucho más preocupados por condenar a la izquierda francesa que por entender sus complejidades.

La retirada francesa, a regañadientes y empapada en sangre, de un imperio que solo estaba por debajo del británico en cuanto a tamaño, marcó todo un periodo histórico desde mediados de la década de 1950 hasta la elección de Mitterrand en 1981. Kalter compara la importancia del *Entdeckung* [«descubrimiento»] del Tercer Mundo, forzado en Europa por las luchas de liberación nacional de la época, con el descubrimiento de América quinientos años antes: ambos obligaron a Europa a replantearse su posición en el mundo. La descolonización tuvo un efecto importante sobre la izquierda francesa y es uno de los factores que explican la explosión social de 1968: algunos de sus principales activistas se habían radicalizado originalmente en su actividad solidaria con la lucha de liberación argelina. Kalter rechaza la llamada «tesis del mínimo impacto» argumentada por el historiador Charles-Robert Ageron, quien asegura que la mayoría de los franceses estaban desinformados y eran indiferentes hacia el Tercer Mundo. Las percepciones francesas se desarrollaron en un contexto internacional; la guerra de los estadounidenses en Vietnam fue de gran importancia; la ofensiva del Tet en 1968, que mostró cuán vulnerable era la mayor potencia militar del mundo, suscitó expectativas; las manifestaciones en apoyo de los vietnamitas alimentaron directamente la insurrección estudiantil de 1968, y lo mismo sucedió con la imagen general de la Revolución Cultural china y la prolongación de la Guerra Fría. El Tercer Mundo parecía ofrecer una alternativa tanto al imperialismo occidental como al Segundo Mundo del «socialismo realmente existente».

Si el «Tercer Mundo» de Sauvy obtuvo una popularidad instantánea, lo que realmente significaba estaba bastante menos claro. Suponía una analogía con el «tercer estado» de la Revolución Francesa, y en consecuencia adquiría para la tradición republicana connotaciones de una «una lucha heroica por la libertad, la igualdad y la fraternidad». La creciente conciencia de la pobreza del Tercer Mundo ponía en cuestión el mito de la «misión civilizadora» de Francia en sus territorios coloniales. La idea adquirió diferentes significados en distintos contextos. Por un lado, estaban las diversas teorías de economistas y sociólogos, y por otro, había activistas, desde católicos a maoístas, que trataban de integrarla en su práctica política. Para algunos

predominaba la idea de los llamados «países en vías de desarrollo», sociedades todavía hundidas en la pobreza, pero que, con duro esfuerzo, podrían alcanzar finalmente a sus vecinos más ricos. Otros mantenían la opinión de que el «subdesarrollo» era un producto del capitalismo global y de que los países subdesarrollados seguirían siéndolo mientras sobreviviera el capitalismo. Así, gran parte del debate sobre el Tercer Mundo consistía en tratar de establecer qué es lo que significaba exactamente ese término.

Sin embargo, durante la década de 1980 el concepto se hizo cada vez más problemático. Algunas de las ilusiones más cándidas sobre el potencial del Tercer Mundo para encabezar la revolución mundial habían perecido como consecuencia de los acontecimientos en China e Indochina. El Tercer Mundo se estaba diversificando cada vez más, con los Tigres Asiáticos saltando adelante mientras que otras zonas se estancaban. Hoy día la imagen del Tercer Mundo es por un lado pobreza y necesidad y, por otro, el peligro del terrorismo. Al mismo tiempo, la noción de globalización iba cobrando cada vez mayor importancia; para los teóricos de ese fenómeno había solamente un mundo: el Tercer Mundo no era el problema ni la solución. Si el tercermundismo había socavado una visión eurocéntrica del planeta, el concepto de globalización parecía capaz de integrar y sustituir sus percepciones. Como señala Kalter, la preocupación de la izquierda francesa por el Tercer Mundo contenía mucho de positivo, pero también había un aspecto sentimental, psicológico, enraizado en sentimientos de culpa e incluso en el odio a sí mismos de los europeos. Como él dice: «Junto con el Tercer Mundo como un lugar utópico, los activistas también enterraron los autoengaños que les habían permitido pasar por alto las desigualdades sociales, la opresión y la guerra en aquellos países no europeos que habían admirado como modelo alternativo de sociedad».

Pero pese al carácter problemático y contradictorio del concepto, el tercermundismo fue indudablemente una idea-fuerza sustancial en la izquierda francesa entre 1944 y 1968. En el momento de la liberación, Francia tenía no uno, sino dos partidos obreros de masas, el socialista (SFIO) y el comunista (PCF). En lo que se refería a la cuestión colonial, la SFIO estaba encenagada desde el principio. Su pensamiento estaba profundamente influido por la tradición republicana y en particular por la idea de *laïcité* [laicidad] que hasta el día de hoy sigue siendo explotada para legitimar la islamofobia. Como señala con justicia Kalter, el imperialismo francés era un proyecto no de la derecha, sino de la izquierda republicana (Jules Ferry, pionero de la educación laica en la Tercera República, fue uno de los padres fundadores del imperio). Fue bajo el gobierno del dirigente de la SFIO Guy Mollet cuando se intensificó la guerra de Argelia, con el uso cada vez más sistemático de la tortura y las ejecuciones sumarias. El PCF, fundado en 1920, tenía una tradición muy distinta. La Internacional Comunista requería a sus afiliados

apoyar «cualquier movimiento de liberación en las colonias, no solo con palabras, sino con hechos». Entre los fundadores del PCF estaban Ho Chí Minh (quien editaba la revista *Le Paria*) y Messali Hadj, pionero del nacionalismo argelino; las semillas de las guerras de Indochina y Argelia se sembraron en París. Desgraciadamente, en los años de posguerra el PCF no se atuvo a sus tradiciones: en 1956 sus diputados votaron a favor de los «poderes especiales» concedidos al gobierno de Mollet para afrontar la guerra en Argelia.

Además de los dos partidos de masas, había numerosas revistas y pequeñas agrupaciones que trataban de encontrar una vía independiente del reformismo socialdemócrata y del estalinismo. Entre ellos había anarquistas, trotskistas, católicos de izquierda y otras corrientes como la constituida en torno a la revista de Sartre *Les Temps Modernes* (y desde 1963 en adelante también maoístas). A finales de la década de 1950 surgió una nueva izquierda radical en Francia, como respuesta a la triple crisis de Suez, Hungría y Argelia. Era un conglomerado heterogéneo, sin una línea o doctrina unificadora claramente definida, agrupado en torno a varias publicaciones; pero atrajo a los que se oponían a la guerra de Argelia y el apoyo a las luchas del Tercer Mundo era un rasgo común. Fue aquel ambiente de nueva izquierda el que produjo la mayoría de los autores y activistas que realizaron contribuciones sustanciales al descubrimiento del Tercer Mundo. Los acontecimientos de 1968 recargaron su ímpetu, y muchos de los estudiantes y *lycéens* recientemente radicalizados encontraron sin duda inspiración en las luchas del Tercer Mundo, especialmente la Revolución Cultural china, la Revolución Cubana y la Guerra de Vietnam (como señala Kalter, los acontecimientos de mayo-junio, que culminaron en una huelga general en la que participaron diez millones de trabajadores, resucitó la esperanza de muchos izquierdistas en «la misión histórica de la clase obrera» que la retórica tercermundista negaba).

Varios factores contribuyeron al tercermundismo francés. Uno era la llamada «política de la memoria». Toda una generación se había visto marcada por la experiencia de la ocupación alemana de 1940 a 1944. Muchos de los que participaron activamente en la oposición a las guerras coloniales en Indochina y Argelia lo habían hecho también en la Resistencia antinazi o tenían vívidos recuerdos familiares. El hermano mayor del editor de izquierdas François Maspero murió en un enfrentamiento armado con los alemanes, su padre murió en Buchenwald y su madre sobrevivió al internamiento en Ravensbrück. Esos recuerdos indujeron a una pequeña minoría de activistas a identificar la ocupación por Francia de sus colonias con la que había realizado el ejército nazi en Francia. Fue quizá tristemente simbólico el hecho de que el 8 de mayo de 1945, el día de la victoria aliada en Europa, las fuerzas de ocupación francesas bombardearan la ciudad argelina de Sétif y sus alrededores causando más de 15.000 víctimas mortales. Un pequeño

periódico izquierdista –*Ohé Partisans*– comparaba Sétif con Oradour-sur-Glane (el pueblo francés donde los nazis asesinaron a más de 600 personas en 1944), comparación que se convirtió en un lugar común durante los años siguientes. En 1950 el poeta martiniqués Aimé Césaire publicó su célebre *Discours sur le colonialisme*, argumentando que el nazismo no era una aberración sino la consecuencia lógica de la civilización occidental. Incluso antes de que estallara la guerra de Argelia, el periodista Claude Burdet (un sobreviviente de los campos de concentración alemanes) inquirió agudamente si había una Gestapo en Argelia. Durante el asedio de Dien Biên Phu en 1954, que puso fin a la guerra francesa en Indochina, los vietnamitas (siguiendo el consejo de un soldado francés que se había pasado de campo) hicieron llegar desde sus altavoces a las fuerzas francesas asediadas la famosa canción de la Resistencia «Le chant des partisans».

La retórica de la resistencia se convirtió así en un importante componente del tercermundismo francés. Permitió a los adversarios de las guerras coloniales desacreditar al Estado comparándolo con el nazismo. Permitió que la nueva izquierda se posicionara en favor de la victoria en Vietnam (el lugar de la «paz» que pedía el PCF); y el argumento se mantuvo a largo plazo. En 1991 una encuesta mostraba que el 85 por 100 de los franceses entre las edades de 17 y 30 años (esto es, sin recuerdos personales del periodo de la guerra) creían que «los argelinos que habían luchado por su independencia podían compararse a los combatientes de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial». A nadie sorprenderá que la derecha francesa intentara obligar a los profesores de historia a insistir en los «valores positivos» del colonialismo. El sentimiento de continuidad entre la Resistencia y el apoyo activo a la lucha de liberación argelina era muy real; Francis Jeanson, quien organizó la red de solidaridad más conocida, había sido miembro de la misma. Pero como señala Kalter, la izquierda cayó a menudo en una supersimplificación. Mucho de lo que se hizo en Argelia (o en las propias calles de París, como la masacre de decenas de manifestantes argelinos el 17 de octubre de 1961) era efectivamente comparable a las peores atrocidades nazis. ¿Pero era legítimo pasar de ahí a caracterizar el imperialismo francés como «fascista»? De hecho, la comparación entre fascismo e imperialismo solía ser una cuestión de retórica polémica más que producto de un análisis teórico serio y, como indica Kalter, la izquierda era en general notablemente acrítica con respecto a los métodos utilizados por los movimientos de liberación.

En 1958 la Cuarta República se vino abajo y Charles de Gaulle llegó al poder, imprimiendo su estilo autoritario a las instituciones de su sustituta, la Quinta República; pero no era en absoluto un fascista, y quienes desde la izquierda lo veían como tal confundían básicamente la situación. En cuanto a los colonos de derechas y oficiales del ejército que combatieron en una

guerra asesina para mantener la «Argelia francesa», puede que tuvieran una mentalidad fascista, pero no tenían la menor probabilidad de éxito, por mucha destrucción que pudieran generar. De Gaulle representaba los intereses del capital francés, que había decidido evacuar Argelia. Paradójicamente, la derecha también adoptó la retórica del antifascismo, describiendo a los nacionalistas argelinos como los nuevos nazis. Como observa Kalter, esa injuria ya se empleó en el momento del levantamiento musulmán en Sétif. El mito del «islamofascismo» se remonta, pues, a 1945.

La retórica del fascismo volvió a emerger en 1968. Pero, como muestra Kalter, al compararse con las víctimas judías del Holocausto o las víctimas vietnamitas de los bombardeos estadounidenses, los estudiantes mostraban un elemento de autoengaño que parece haber formado parte integral de la política tercermundista. La «política de la memoria» sigue todavía entre nosotros. Kalter cita una afirmación en 2005 de los Indigènes de la République (una organización antirracista últimamente constituida como partido) en la que se declaran «herederos de aquellos franceses que se resistieron a la barbarie nazi y a todos aquellos que se pusieron de parte de los oprimidos».

Para que las ideas tercermundistas se difundieran, requerían una encarnación material, sobre todo, en la palabra impresa, y Kalter llama la atención especialmente sobre el papel del editor François Maspero, quien poseía una pequeña librería en la margen izquierda del Sena, La Joie de Lire, que en la década de 1960 no era precisamente un rincón pacífico para bibliófilos: en 1961 dio cobijo a varios argelinos frente al ataque asesino de la policía de París, y en 1968 fue gaseada con granadas lacrimógenas por guarecer a estudiantes frente a la misma policía. Maspero también dirigía una editorial que se convirtió en portavoz del Tercer Mundo en Francia. Su publicación en 1961 de *Les damnés de la Terre* de Frantz Fanon, con el célebre prefacio de Sartre, fue un hito histórico. Durante la guerra de Argelia le prohibieron más de trece títulos. Si la nueva izquierda se formó una opinión del Tercer Mundo, fue leyendo autores como Mao, Guevara, Debray, Fanon y muchos otros, a menudo en volúmenes publicados por Maspero o en la revista que este lanzó en 1961, *Partisans*.

Junto con *Les Temps Modernes* de Sartre, *Partisans* fue una de las revistas más influyentes de la década de 1960, contribuyendo a desarrollar la visión del mundo de muchos de los activistas que desempeñaron un papel dirigente en 1968. Cubría muchas áreas del pensamiento radical, desde el psicoanálisis hasta el teatro, pero había nacido en las luchas contra la guerra de Argelia y concedía una atención particular al Tercer Mundo. Publicaba tanto a autores franceses que analizaban la experiencia de los movimientos del Tercer Mundo como a otros hasta entonces desconocidos en Francia, haciendo llegar de ese modo la voz de los países del mundo comúnmente designados con ese término. Sus temas predilectos, además de la guerra de

Argelia, eran la Revolución Cubana (con una visión un tanto romántica) y la lucha vietnamita por la independencia, y concedía una atención particular a los movimientos guerrilleros en América Latina. Combinando, como subraya Kalter, la política y la teoría, la polémica y las emociones, lo pragmático y lo utópico, *Partisans* fue una voz decisiva, pero también inestable. A menudo parecía oscilar entre un optimismo voluntarista y un pesimismo fruto de anteriores desilusiones. En 1969 publicó un número con el título «Los vietnamitas en vísperas de la victoria», pero la guerra se prolongó y el desencanto se instaló rápidamente. Aquella lucha no había creado «dos, tres, muchos Vietnam», como había urgido Guevara; no había extendido la revolución de la periferia a Europa. El imperialismo había aprendido a integrar y neutralizar la resistencia. *Partisans* dejó de aparecer en 1972; poco después Maspero vendió La Joie de Lire y su editorial cambió de manos en 1983.

La izquierda antiimperialista requería no solo publicaciones, sino también organización política. En 1960 las presiones de la guerra de Argelia llevaron a la creación de un nuevo partido de izquierdas, el Partido Socialista Unificado (PSU) que reunió a los que habían abandonado la SFIO porque no podían soportar la política argelina de Mollet, activistas de la hasta entonces más laxamente organizada «nueva izquierda» (incluidos católicos de izquierda) y unos pocos disidentes comunistas. La oposición a la guerra de Argelia les ofreció el principal foco organizativo. El PSU empleaba a menudo una retórica revolucionaria, y antiguos trotskistas como Pierre Naville e Yvan Craipeau desempeñaron un papel significativo en la organización. Al mismo tiempo, sin embargo, funcionaba como parte del sistema político establecido, participando en las elecciones y atrayendo a políticos de carrera, en particular, al antiguo primer ministro Pierre Mendès-France (aunque la organización tuvo el buen sentido de rechazar una petición en el mismo sentido de François Mitterrand). Desempeñó un papel significativo y reconocible en la izquierda durante la década de 1960, en particular en 1968, pero entró en declive en la década siguiente cuando muchos de sus miembros (incluido el futuro primer ministro Michel Rocard) lo abandonaron para unirse al nuevo Partido Socialista de Mitterrand.

El PSU había establecido rápidamente contactos con los movimientos de liberación de todo el mundo, en particular, de África, Palestina y las colonias portuguesas. Esto tuvo como principal consecuencia la fundación en 1967 del CEDETIM (Centre Socialiste d'Études et de Documentation sur le Tiers Monde), que era formalmente independiente del PSU, pero que en la práctica estaba estrechamente vinculado a él. El CEDETIM pretendía unir la teoría y la práctica y evitar el romanticismo tercermundista que originó tanta desilusión durante la década de 1970. Argumentaba en favor de la «cooperación» más que de ayuda, y mantenía que el desarrollo del Tercer Mundo perjudicaría al capitalismo mundial y así haría avanzar la causa del socialismo

en Occidente. Creó pequeños grupos en varios países del Tercer Mundo, incluida la Camboya de Sihanouk, con un éxito limitado, y una publicación llamada *Libération Afrique* (ahora convertida en un foro en línea). El CEDET-IM también se interesó particularmente por los obreros inmigrantes, a los que una de sus principales activistas, Elisabeth Courdurier, describía como «nuestro Tercer Mundo, que ya tenemos *chez nous*». El PSU apoyaba las luchas de los obreros inmigrantes y argumentaba acertadamente en favor de la unidad de los trabajadores y contra sindicatos separados para aquellos, aunque fuera incapaz de resolver las demandas conflictivas de universalismo y particularismo que persisten en Francia y otros lugares hasta el momento actual.

El tercermundismo francés correspondía a un momento histórico concreto entre el final de los imperios coloniales y el comienzo de la globalización, la multiplicación de los viajes y la aparición de medios de comunicación a escala mundial. Los tercermundistas reflexionaron y contribuyeron con sus ideas y actividades a esa transición, dejando un legado que dura hasta hoy. Plantearon varias cuestiones cruciales para la izquierda: ¿se había desplazado el centro de la revolución del Primer al Tercer Mundo, y ofrecerían las luchas en las zonas no metropolitanas una inspiración y un reto capaz de resucitar la lucha de clases obrera en Occidente?, ¿seguía siendo la clase obrera el agente principal de la revolución socialista o sería sustituido por el campesinado del Tercer Mundo?, ¿cómo había cambiado el imperialismo y cuáles eran los nuevos mecanismos por los que seguía siendo explotado el Tercer Mundo? No había respuestas fáciles. Como muestra Kalter, el legado del tercermundismo era contradictorio.

El Tercer Mundo fue, de hecho, un descubrimiento; demolió el mito racista de la «misión civilizadora» de Europa e hizo a la izquierda francesa repensar su perspectiva global. Los sectores de la izquierda francesa que permanecen anclados en la islamofobia no podrían hacer nada mejor que revisar el pensamiento internacionalista de las décadas de 1960 y 1970. Pero el Tercer Mundo fue también una desilusión. Las razones por las que las esperanzas no se cumplieron son complejas, pero el romanticismo de la izquierda fue un factor importante. El tercermundismo tenía raíces tanto psicológicas como políticas; las ilusiones en las que cayó explican en buena medida el subsiguiente desencanto. Para algunos militantes, las luchas en el Tercer Mundo ofrecerían lo que Tony Cliff [dirigente del Socialist Workers Party británico] acostumbraba a denominar un «placer vicario».

Kalter nos cuenta una historia fascinante, pero no toda la historia. Aunque ofrece una evaluación equilibrada de los puntos fuertes y débiles de los tercermundistas franceses, omite los nombres de algunos de los que más se acercaron a alcanzar la claridad requerida. En primer lugar, *Les Temps Modernes*, la revista fundada por Sartre y Merleau-Ponty en 1945, merecería

un tratamiento sistemático y no solo referencias de pasada. Paige Arthur nos ha ofrecido en *Unfinished Projects* (2010) el primer estudio en inglés de los escritos de Sartre sobre la descolonización, y el libro de Kalter supone en cierto modo un complemento, mostrando el contexto en el que escribían Sartre y su círculo. *Les Temps Modernes* se opuso a la guerra en Indochina desde el principio, en un momento en que había todavía en el gobierno ministros del PCF. En 1953 publicó el vigoroso artículo de Daniel Guérin «Pitié pour le Maghreb», que preveía el sangriento conflicto que se iba a producir en Argelia. Dos años después, rechazando la ficción oficial de que ese país formaba parte integral de Francia, la revista lo describió como una «colonia» sometida a «la más obvia explotación», y estuvo cerca de pedir a los soldados que confraternizaran con el enemigo. La revista hizo una constante campaña contra la guerra y, fue secuestrada por las autoridades francesas en Argelia cuatro veces en 1957.

El propio Sartre también desempeñó un papel significativo alentando la oposición a la guerra de Argelia, en particular, mediante su prefacio al informe de Henri Alleg sobre la tortura practicada por los paracaidistas franceses y firmando el Manifiesto de los 121 en 1960, que apoyaba a quienes emprendían una acción directa en favor de la lucha de liberación argelina. Trabajó en colaboración estrecha con otras corrientes, elaborando prefacios para dos libros de Maspero. Otros miembros del equipo de *Les Temps Modernes* estaban igualmente implicados: ya en 1952 Henri Moscat y Marcel Péju escribieron un artículo pionero sobre los trabajadores norteafricanos en Francia; y Francis Jeanson, editor de la revista entre 1951 y 1956, organizó una significativa red de apoyo al FLN.

Kalter también omite algunos de los análisis más perspicaces de la lucha contra el imperialismo. Guérin, antiimperialista intransigente durante seis décadas, recibe algunas menciones de pasada, pero no parece merecer la inclusión en el índice bibliográfico. Guérin había desarrollado lazos con el movimiento por la independencia de Indochina desde la década de 1930, pero en 1946 se vio rechazado tras interpelar personalmente a Ho Chí Minh por el asesinato del troskista Ta Thu Thâu a manos de los comunistas vietnamitas el año anterior. De forma parecida, hizo una campaña incansable por la independencia argelina desde el comienzo de la guerra, pero era muy crítico hacia la lucha fratricida emprendida por el FLN contra su rival, el Mouvement National Algérien, que tenía un apoyo sustancial entre los trabajadores argelinos en la Francia continental.

En 1947 *Les Temps Modernes* publicó un artículo del joven filósofo Claude Lefort sobre la guerra en Indochina, en el que aplicaba una combinación de existencialismo y teoría de la revolución permanente de Trotski para combatir la versión mecanicista del marxismo que veía la historia como una serie de etapas predeterminadas. Realizó un aguda crítica de los comunistas

indochinos por abandonar las oportunidades revolucionarias en el periodo de posguerra, obteniendo una vigorosa réplica del filósofo vietnamita Tran Duc Thao, quien defendía la política del Viet Minh. Lefort contribuyó a constituir el grupo *Socialisme ou Barbarie*, una escisión del trotskismo francés, que, aunque siempre fue minúsculo, realizó algunos de los análisis más innovadores del capitalismo moderno en la década de 1950. Otro miembro del grupo fue Jean-François Lyotard, ahora más conocido como filósofo posmoderno. Lyotard escribió una serie de artículos para la revista del grupo, *Socialisme ou Barbarie*, en los que analizaba la naturaleza del FLN, que a su juicio ofrecía a las masas campesinas un liderazgo procedente de la pequeña burguesía. El carácter de la guerra significaba que la organización se estaba convirtiendo de hecho en una nueva clase burocrática: ya en 1957 argumentó (en un análisis elogiado y recomendado por el historiador y en otro tiempo dirigente del FLN Mohamed Harbi) que «el FLN se está preparando ya ahora para el papel de estrato gestor de la sociedad argelina». Al mismo tiempo, sin embargo, Lyotard pertenecía a la minoría de *Socialisme ou Barbarie* que proponía un apoyo activo al FLN, y participó en la red de apoyo de Henri Curiel, algo de lo que su organización no era consciente en aquel momento. Tal combinación de solidaridad práctica y análisis lúcido era raro en la extrema izquierda francesa. El descubrimiento del Tercer Mundo en un periodo de encarnizadas luchas por la liberación nacional requería a la vez compromiso y lucidez, una pareja resumida en el viejo eslogan «Apoyo incondicional pero no acrítico». Junto con otros cuya actividad ha sido expuesta por Kalter, Guérin, Lefort y Lyotard también merecen su lugar en tal análisis.